

EL MOTÍN



Año XXXIV.—Madrid, Jueves 31 Diciembre 1914.—Número 53

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Advertencia

Hoy, 31 de Diciembre, termina el último plazo del ofrecimiento de libros de "El Motín" á mitad de precio.

Los suscriptores directos serán los únicos que tendrán derecho en adelante á recibirlos con el 25 por 100 de rebaja.

A mis lectores

Dije en el número anterior que sólo confluía en la Lotería y en la Providencia para continuar publicando EL MOTÍN en 16 páginas, lo cual equivalía á quitar todo asidero á la esperanza.

Ni la Lotería me ha tocado, ni la Providencia ha parecido. No tengo, por lo tanto, otro remedio que exclamar:

«Vuelva EL MOTÍN al ser y estado que tenía en fin de Diciembre de 1908 en cuanto á las dimensiones, si bien avalorado con la caricatura, que entonces no publicaba.»

Lo siento, mas procuraré compensar lo que pierdo de lectura dándole más amenidad, y diciendo en el tono más mesurado las mayores enormidades posibles.

La supresión de esas ocho páginas

va á duplicar mi trabajo, porque tendré que renunciar, aunque no en absoluto, á insertar esos artículos ajenos tan hermosos que tomaba de aquí y de allá, ó que me enviaban mis amigos, y con los cuales llenaba varias columnas. Encarezco, por lo tanto, á los que me honren mandándome algunos desde hoy, que no sean largos.

Creo innecesario advertir que en todo lo demás EL MOTÍN seguirá siendo... EL MOTÍN; con tanta más razón, cuanto que entre los lectores que le han quedado no creo que quede ya ningún apasionado devoto de éste ó aquél Santón de la Puntilla.

Mas si quedare todavía alguno rezagado, ruégole que se dé de baja cuanto antes, pues de lo contrario va á pasar algunas rabietas durante el año próximo, si no emigro al Infierno.

Un fuerte apretón de manos á los que continúan conmigo, y así vivan tantos años como tarden en traer la República los señores que tantas veces se la han ofrecido al Pueblo; pues como hasta entonces vivan, tendrán perfecto derecho á llamar hermano mayor al Padre Eterno.

Al entrar en 1915

Una vez demostrado que los clericales son los más, entre creyentes, hipócritas y calculadores;

Que tienen más dinero, y cuentan, por consiguiente, con más municiones de guerra y boca;

Que parecen alemanes en lo de no reparar en medios para combatirnos;

Que les ayudan todos los que esperan algo de ellos y muchos que los odian;

Que los gobiernos y las autoridades están incondicionalmente á su servicio;

Que casi todos los liberales y muchos republicanos les hacen el juego;

Y que por todas estas razones, la lucha entre ellos y nosotros es monstruosamente desigual...

¿Qué debemos hacer los anticlericales españoles?

Gritar con más fuerza que hasta aquí; *Libertad y á ellos!*, y seguir luchando sin tregua, dejándonos ya de quejas y lamentaciones, muy justas, pero que nada resuelven, y de preocuparnos de si desertan de nues-

tras filas los vacilantes, y nos traicionan los que van á lo suyo.

Digamos con los defensores de Zaragoza en 1808: «Tras de la guerra del cañón, la de las murallas; tras de las murallas, la del cuchillo.»

Y no hablo de este modo para infundir ánimos á los pocos que luchan ya abiertamente contra el clericalismo, por que es quizás lo único que les sobra ánimos; sino á decirles:

«Triunfaremos, tarde ó temprano. Disponemos de un obús más poderoso que ese célebre 42 que destruye fortalezas impugnables: el obús de la razón. Y con él arrasaremos la fortaleza del clericalismo, agrietada y carcomida tiempo há, aún cuando parezca sólida é indestructible.

¡Adelante, pues!

"El Motín" y la República

Acabo de leer otra protesta de Nakens. No es violenta, ni injuriosa. Es apacible y plañidera. Y en el fondo muy digna, como suya.

He dicho otra protesta, porque anteriormente se quejó de su mala suerte—¡tan inmerecida!—, y, habiéndole puesto yo algún reparo, me repuso que no se arrepentía de lo que ha hecho—y eso era todo lo que yo quería que consignara él.

Preocupa á Nakens un bajón de 6.000 lectores que ha dado EL MOTÍN, «porque—dice él—quiero ver si le ahorro al partido la vergüenza de que muera el periódico viviendo yo».

¿A qué partido quiere ahorrarle Nakens tal vergüenza? ¿Al republicano? ¿Y dónde está que no lo veo?... El propio Nakens declara:

«El partido republicano, que fué para España una esperanza y una garantía, hoy no es ya para muchos ni una cosa ni otra. ¿Qué han hecho, pues, los que han estado á su frente? Unos, ayudar desde nuestro campo á los monárquicos; otros, ayudarse ellos; otros, pasarse á la monarquía; otros, poner sordina á sus trompetazos revolucionarios.»

¡Pues entonces...! No es EL MOTÍN quien ha dado el bajón. Es el partido republicano de acción, que murió juntamente con Ruiz Zorrilla. Y si á esto se agrega que Nakens ha combatido, como recuerda él, á los fetiches que el pueblo adora; á los que ayudan, desde el campo repu-

blicano, á los monárquicos; á los que se ayudan á sí mismos; á los que se pasan á la monarquía y á los que ponen sordina á sus trompetazos revolucionarios, se comprende que ni Nakens ni EL MOTIN sean entidades gratas al rebaño republicano, que resulta más carneril y resignado que el monárquico, porque, al fin y al cabo, el rebaño monárquico padece, mientras que el republicano vive de rumiar las sobras que le dejan en el campo monárquico. Disputánselas, para el ganado, los fetiches, por lo que suelen andar á la greña y ponerse de oro y azul, saliendo del atolladero de difamaciones políticas y personales en que ellos mismos se meten á ciencia y paciencia del pueblo, ya acostumbrado á tan innobles espectáculos, con algún duelo sin filo, sin contrafillo y sin punta. ¿Y qué partido es ese que no depura las acusaciones que los jefes se dirigen entre sí y que Nakens recrudece en lo que he transcrito? Los republicanos á lo Melquiades Alvarez, que se han pasado á la monarquía, son menos traidores que los que, diciéndose republicanos, ayudan, como dice Nakens, á la monarquía. En otro país, por ejemplo, Rusia, tales jefes desaparecerían trágica y silenciosamente, á lo Gaponi y Azef...

Empeñarse, como Nakens, en republicanizar gentes que ni son ni quieren ser republicanos, es ganas de perder el tiempo y de darse malos ratos. Podrá haber en España una revolución social, y así lo cree Kropotkine; pero una revolución republicana—como la de Portugal—, no. Había que oír á Estévanez llorando sobre el deshonor y la ruina de la República española—donde no queda más motín que el de Nakens—y, oyéndole, adquiríase el convencimiento de que de la agrupación de republicanos que se llamaron Pi, Salmerón, Castelar—Castelar, sí, aun con todas sus veleidades de última hora—, etc., el único que quedaba era Estévanez.

También queda Nakens. Pero Nakens no es jefecillo republicano, sino periodista republicano, en una época en que los periodistas, en su inmensa mayoría, no tienen carácter.

L'eux qui ne sont capables de rien de mieux se font journalistes, ha dicho un publicista psicólogo, poniéndole el epitafio á la Prensa actual, á la que—dicho sea de paso—dedicaré, en un próximo libro, el capítulo que esperan *Fray Gerundio*, Ferrándiz, y el propio Nakens, entre otros compañeros míos. *Los que no sirven para más, se hacen periodistas* en Francia, según el aludido escritor, y por algo en España se viene diciendo, de muchos años á esta parte, que *Fulánez se metió á periodista*. Lo que se haga ya por relevar la clase, resultará inútil. También eso pasó, como la

República. A los periodistas de ideas y convicciones, como Nakens, van sucediendo los periodistas *para todo*; y si por falta de talento y de carácter no irán á ninguna parte, por sobre de estulticia y de servilismo irán á la cocina, que es donde se comen los mejores bocados.

«Lo que si creo—advierde Nakens hablando de sí mismo—es que quizás tarde algún tiempo en aparecer otro mentecato incurable que se pase la vida arrinconado, viviendo al día unas veces y al minuto otras, rehuyendo exhibiciones, rechazando cargos, laborando siempre á plena luz, y todo esto sobrándole condiciones para codearse con los más altos.»

Indudablemente. Pero así tenía que ocurrir para que Nakens cumpliera su misión en la Prensa, esa gran misión que, según Claretie, consiste en gritar cuatro verdades al mundo.

... Compañero querido y admirado: has trabajado por una idea y hecho todo el bien posible; has vivido humildemente, relativamente, pero sin vilipendio; y á pesar de los odios que has levantado y de las calumnias que han exprimido contra ti aquellos á quienes desenmascaraste, dejarás, al morir, un nombre digno á tu hija bien amada.

¿Qué más querías? En verdad que eres difícil de contentar.

LUIS BONAFOUX

Respuesta

Querido Bonafoux: Comienzo á responder á esa carta tuya que he leído en *El Diluvio* de Barcelona, rechazando un adjetivo que has empleado al calificar la protesta formulada por mí contra el partido republicano por la conducta que sigue con EL MOTIN.

Es apacible de estilo, pero no *plañidera*. Ni mostrar una herida es quejarse, ni relatar un hecho es planir: se muestra la primera para decir quién la ha inferido; se relata el segundo para exponer á la vergüenza (no te rías) al que lo ha realizado. Fíjate bien en mi protesta, y advertirás que peca de altanera, irónica y despreciativa.

Esto no quita para repetir aquí lo que en 1913 te dije: no sólo no me arrepiento de haber ido por el camino que voy, sino que lo seguiría si por acá se volviese. Fundé el periódico para decir lo que pensaba, no para que fuese vocero del común pensar ni menos órgano de nadie. Por lo tanto, sé perfectamente que no tengo derecho á quejarme de que mis correligionarios...

Un parentesis

(Digo mis correligionarios, por ca-

lificarlos de algún modo, no porque en realidad lo hayan sido más que en un punto: el de llamarse republicanos. Mis correligionarios son únicamente los que piensan como yo; los que continúan á mi lado aun cuando diga que Azcárate es un pobre señor tan inútil como solemne; aun cuando anuncie con seis años de antelación que Melquiades Alvarez se irá á la Monarquía; aun cuando descubra el secreto á voces de que el Lerroux revolucionario se había hecho gubernamental.

Sí; sé que no tengo derecho ninguno á quejarme de que mis correligionarios (?) no lean lo que escribo, puesto que he hecho un periódico para decir lo que pensaba, no para que fuese eco de lo que pensarán otros. Desearía, sí, tener más lectores; y no exclusivamente por mí, sino porque no habría entonces en el campo republicano tanto servil, ni tanto charlatán, ni tanto buscavidas desaprensivo.)

¿Que si no hay entre nosotros más gente que esa? Claro que sí. Están en mayoría los convencidos, los abnegados, los que no intrigan para subir; los que no creyeron nunca que el republicanismo sirviera para alcanzar influencia política con los gobiernos monárquicos y utilizarla en provecho propio; gracias á estos perdura el republicanismo. Pero estos se apartan en silencio de la lucha activa, al ver que las masas se dejan arrastrar por los ambiciosos de bajo vuelo, ó se someten ciegamente, por un mal entendido concepto de la disciplina, á la voluntad de quienes las exaltan ó las contienen según á su conveniencia cuadra.

Haec un par de semanas me decía un probado, enérgico é inteligente republicano, al que no veía hace tiempo: «Para continuar siendo republicano, he tenido que apartarme de todos los organismos oficiales.» Esta frase me ahorra insistir en este punto.

Desorientación

Al preguntarme: «¿dónde está el partido republicano?», me colocas en la situación que se hallaría el que hablase hoy de la altivez española, de la honra nacional, de la virilidad de la raza, y de otra porción de altas cualidades que fueron un día la característica de nuestro pueblo, y le pidiesen que dijera dónde las veía. Como no pueden aplicarse ya al conjunto, si no á alguna que otra individualidad, se vería muy embarazado para responder.

Si me fuese á la China, cuyo lenguaje desconozco, no me encontraría tan desorientado como voy estándolo en mi patria, amigo Bonafoux. Me hablan las gentes y no las entiendo. No porque las palabras me sean des-

conocidas, sino por el sentido que les dan.

Mis correligionarios especialmente me dejan con la boca abierta siempre que los oigo ó leo lo que escriben.

Dicen que son *demócratas*, y se someten lacayunamente á un jefe.

Que son *anticlericales*, y van á misa, ó consienten en nombre de la libertad de conciencia ¡oh gatos escrupulosos!, que su familia vaya.

Que son *conscientes*, y siguen al primero que les larga un discurso revolucionario de latiguillo.

Que los congoja'es monárquicos chanchullean en los municipios, y van ellos, y los imitan, y á veces los superan.

Que los diputados del régimen no velan por los intereses del Pueblo en el Congreso, y acabamos de ver lo que los nuestros acaban de hacer en la discusión de los Presupuestos: hacer que hacemos cuando no algo peor.

¿Que hay excepciones? Como en todo. Pero pocas, y con intermitencias.

Y si mis correligionarios, los más obligados á poner en armonía sus obras con sus palabras, obran de ese modo, calcula tú los demás. Creo que con esto te explicarás el por qué he dicho que no me encontraría más desorientado en la China, cuyo lenguaje y cuyas costumbres ignoro.

Los periodistas

Me duele mucho lo que de ellos dices, mas no me atrevo á contradecir ninguna de tus afirmaciones. Hay muchos periodistas como los que describes. ¿Por necesidad, por falta de convicciones? Por ambas cosas. Pero los disculpo en parte. Como los vientos que soplan de arriba vienen inficionados de inmoralidad, la peste del excepticismo se ceba en los de abajo. Y lo mismo se contagia el periodista de talento, que el ganapán que se mete á periodiquear.

«En tal periódico no se puede hablar de tales asuntos». «Ni en tal otro de tales empresas». «Tal periódico cobra tres mil pesetas mensuales de Gobernación». «Tal otro dos mil». «El periodista fulano, que es diputado á la vez, proteje tal casa de juego».

Esto, que será cierto unas veces y otras no, se oye á menudo sin que á nadie sorprenda, ni menos escandalice; parece ya lo más natural y corriente. «Ese es un *vivo*!», dice sonriendo el que escucha esas cosas, aplicadas á cualquiera periodista.

Y á propósito

Hace algún tiempo que se han puesto aquí en moda una palabra y una frase, que vienen á servir para lo mismo que el manto de Constantino á los sacerdotes culpables: la

palabra es esa: *vivo*; y la frase ésta: *eso es muy humano*. Aplicada á cualquiera la una, no hay que preguntar: se trata de un ciudadano capaz de cargar con las estopas de la unción, si no encuentra á mano la custodia; y al oír la otra, ya se sabe: alude á una canallada.

Y, sin embargo, ambas se toman siempre en sentido absolutorio. Al hombre calificado de *vivo*, se le perdonan faltas que, cometidas por otro, producirían indignación; la frase *eso es muy humano* disculpa todas las bajezas, perfidias y traiciones, especialmente las inspiradas por el egoísmo y la ingratitud.

La Prensa

Al oír que un diario tira seis ó siete mil ejemplares, y ver que se publica un año y otro, estoy por creer en los milagros, sobre todo en aquel de la multiplicación de los panes y los peces.

Porque me digo: «EL MOTIN es semanal, tira todavía quince mil y pico, se vende á diez céntimos, y ando de cabeza. ¿Como puede vivir un diario que tira ocho ó diez, y se vende á cinco? No lo entiendo. O lo entiendo demasiado. Y siempre que pienso en esto, viene á mi memoria un empleado de seis mil reales que hace tiempo conocí; pagaba un cuarto de cien pesetas mensuales, vivía con gran holgura y no tenía otras entradas que su sueldo. ¡Pero si hubieras visto lo guapetona y amable que era su mujer!

¿Que esos diarios tendrán buena administración? Es posible. Pero la buena administración sirve para salvar un periódico que haya nivelados los gastos con los ingresos, no para que viva uno que, teniendo de gasto 200 pesetas diarias, recauda honradamente ciento.

Y cuando oigo, y es á menudo, que la prensa española es la más moral del mundo, porque no figura en los escandalosos negocios que la de otros países, recuerdo al ladrón aquel que, al ver que el juez no comprendía cómo se había ganado el presidio por robar una cantidad insignificante, contestóle entre apenado y filosófico: «Pero, señor, si no fué mía la culpa!.. ¡Si no había más en la Caja!»

Igual digo: si no hay negocios grandes aquí ¿cómo ha de figurar la Prensa en ellos? Esto, más que de atenuante, pudiera servir de agravante. En todos los actos que con la inmoralidad se rozan, á menor provecho, más dureza en los juicios. Se condena con más crueldad al ratero, que al ladrón; al que estafa cinco duros, que al que roba millones. No es lo mismo la prostituta que hace sus conquistas en carretela, que la que acecha en la puerta de una casa inmunda de un callejón sucio al tran-

seunte, para decirle con voz aguardentosa fumándose un cigarrillo de colillas: «¡oye tú, rubic; pasa!» Como no es lo mismo cobrar cien mil francos del Panamá, que cien pesetas de un Banco. Se me dirá que sí lo es ante la moral y la ley escrita. No lo niego, aunque quizás pudiera. Pero conste que yo me refiero aquí á la moral al uso y á la ley aplicada.

Puente de plata

Conforme contigo en lo que dices de Melquiades Alvarez. Lee el artículo que á continuación va; lo escribí para el primer número de Agosto, pero estalló la guerra y he ido aplazando su publicación. En él verás que coincidimos.

Y ahora que hablamos de Melquiades.

¿Querrás creer que me va dando lástima? Casi nadie se ocupa de él. Si no fuese porque ha tomado la alternativa para torear pleitos en competencia con La Cierva, muchos creerían que había fallecido. No; afortunadamente para él, no es así; distrae su ostracismo político haciéndose rico. ¡Hacerse rico! Es el ideal por excelencia, el Rey de los Ideales. Aquel que no puede rendirle culto de un modo, se lo rinde de otro. Y á ratos ¿qué sé yo? á ratos estoy por disculparlos. La pobreza es una virtud andrajosa que nace practica por su propia voluntad, y tan parecida al vicio, que se la confunde con él; virtud que quita grandeza á todo, hasta al sacrificio, y á la que sólo alaban aquellos que no la conocen más que de oídas.

¡Si viven de eso!

Con los que estás excesivamente cruel, amigo Bonafoux, es con los que desde el campo republicano ayudan á la Monarquía. ¡Desear que desaparezcan como aquellos dos rusos! «¡No, hombre no! Dejémosles vivir, ya que ayudan á la Monarquía sólo por eso: por vivir... Algunos de ellos, ni aun por eso; la ayudan por miedo á que venga la República. Y se explica: dejarían de figurar. Y debe ser muy triste para los personajes de ocasión volver á embozarse en la capa raída de su insignificancia. Seamos tolerantes con los pobres de espíritu.»

Instantes de duda

¿Que habiendo cumplido con mi misión de periodista gritando verdades, tenía que ocurrirme lo que me ocurre?

De acuerdo completamente. Nunca esperé otra cosa: por esto no me quejo. Lo que sí hago es utilizar el derecho á decirlo, para que los que vienen detrás midan sus fuerzas antes de lanzarse por mi camino. A veces siento algo parecido á un remordimiento, al pensar que he impulsa-

do siempre hacia adelante á los jóvenes que entraron en el periodismo eligiendo á la Verdad por Dulcinea. El día que publiqué el retrato de Samblancat me quedé perplejo unos segundos: «¿Si habré hecho mal?», me pregunté. No por éste, que está ya predestinado, sino por los que, no habiéndose lanzado todavía á la lucha, entren en deseos de alcanzar lo que Samblancat tenía de sobra merecido.» Pero inmediatamente me repuse: «Si creo que el camino que sigo es el mejor, me dije, debo llamar desde él á los que empiezan. Lo contrario sería ofenderlos, suponiendo que no tendrán la resistencia que yo para seguirlo.»

La Verdad

Aprovechando la ocasión que me has dado con la cita de Claretie para hablar de tan respetable Señora, que fué siempre la de mis pensamientos y mi corazón, he de confarte que desde los comienzos de la guerra actual viene acentuándose en mí la sospecha de que no conviene entrar en relaciones íntimas con ella. Fingir que se la adora y se la rinde culto, bien; pero adorarla y rendírselo realmente? Hay que pensarlo mucho antes.

Ya lo estás viendo: ni alemanes, ni franceses, ni ingleses, ni austriacos, ni rusos, ni turcos guardan consideración ni respeto alguno á esa Señora. Dicen que la aman, pero es á la Mentira á quien cortejan y sirven y siguen. De aquí que estemos en ayunas de lo que pasa.

¿Que al fin y al cabo la Verdad en la guerra triunfará? Sí. Pero será después que la Mentira haya contribuido á que queden tendidos en campos y ciudades tres ó cuatro millones de hombres más; hecho horrible del que puede sacarse esta deducción: la Verdad acaba siempre por prevalecer, pero es cuando la Mentira ha terminado en obra destructora. En lucha las dos cara á cara y en igual tiempo, la Verdad queda siempre vencida y sus defensores destrozados. Consolémonos, pues, de las tremendas realidades presentes, amigo Bonafoux, pensando en las satisfacciones que disfrutarán mañana nuestros descendientes al enterarse de que, haciendo honra á la frase de Claretie, cumplimos los dos nuestra misión de periodistas lanzando al mundo cuatro verdades.

Pero me he entrado, sin advertirlo, por los escarpados vericuetos de la ironía. Retrocedo, y te reitero en el tono de la sinceridad más completa: «Estoy tan orgulloso como tú de haber cumplido mi misión de periodista en la forma que lo he hecho. Y voy á decirte por qué.

Un secreto

He tenido á menudo, Bonafoux,

un arranque de fatuidad del que nadie se ha enterado hasta hoy más que yo.

Al pensar en casi todas las figuras salientes del republicanismo de hoy, y comparar lo que han hecho con lo que yo he iniciado y propagado y defendido, me he dicho:

«Metido en mi rincón, fracasado en todos mis intentos, teniendo que ocuparme de algo perentorio que me roba algún tiempo de trabajo, yo he hecho y hago todavía por los que han hambre y sed de justicia más, mucho más que todos esos que bullen, disputándose puestos y cargos que los pongan en condiciones de medrar, aspiración que encuentro justa si por derroteros dignos va encauzada.

Pero, en suma, cada cual no es más que uno de tantos, y yo soy uno. Y sólo cuando algún arqueólogo de nulidades busque en lo porvenir las que han florecido en la época presente, se enterará de que existieron; mientras mi nombre será pronunciado afectuosamente cada vez que algún libro mío, rescatado de alguna librería de viejo, caiga en manos de alguien y halle algo en sus páginas que despierte una energía ó agrande una indignación.»

Y á los pocos momentos de tener uno de estos arranques de fatuidad, yo mismo me burlo de mí, y no comprendo cómo un hombre que desafió siempre la opinión cuando la creyó equivocada, pueda sentir esta debilidad pueril.

Alguna vez, no obstante, me lo explico de esta manera.

Existe una voluptuosidad extraña en la privación de aquello que puede fácilmente alcanzarse y se desdén. Recordarás, Bonafoux, aquella página tan hermosa como paradójica de Teófilo Gautier, en que describe los hondos goces que el avaro experimenta. Moviendo en el viejo arcón montones de monedas de oro de varias clases, ve pasar por la calle mujeres hermosas adornadas con joyas riquísimas, caballos soberbios, carruajes magníficos, todas las maravillas del lujo en sus manifestaciones más suntuosas, y exclama brillándole los ojos á la luz esplendorosa del deseo: «¡Todo eso sería mío, si yo quisiera! ¡Todo lo tengo aquí...» Y, sin embargo, se priva de todo, por que encuentra más placer en conservar íntegro su tesoro, que en poseer aquello que admira.

Pues bien, Bonafoux; yo he sentido en política esa voluptuosidad extraña; yo me he dicho: «eso que los demás obtienen, lo tendría yo si quisiera. A mi alcance está la llave mágica que me abriría las puertas por donde otros entran en el alcázar de la fortuna. ¡Aquí está! ¡Esta es!». Y al agarrar mi pluma y no verla manchada más que de tinta, he estado á

punto de pedirle perdón por haberla ofendido al suponer que se hubiera prestado nunca á que yo la convirtiese en ganzúa.

¿Que esta necedad me obliga alguna vez á anunciar libros á mitad de precio, á suprimir páginas del periódico, á revelar intimidades económicas que no debería saber nadie más que yo? Ciertó; y lo lamento de veras: es muy desagradable.

Pero entre hacer esto ó hacer lo otro; entre recibir recatándome y con la vista baja una cantidad en un ministerio, ó en una empresa, ó en un Banco, ya por haber amenazado para percibir, ya por haber llamado para merecer, dándole así derecho á un hombre á despreciarme con razón, me cuesta menos, infinitamente menos confesar públicamente, pero con la frente muy alta, que necesito ayuda de los míos para continuar publicando el periódico.

¿Que el resultado de esto es inseguro ó negativo, y el de aquello no? Lo sé de antes y acabo de verlo confirmado ahora. Pero prefiero esta contrariedad, á la que sufriría al tener que decirle á cualquiera que me trajese un trabajo en que se atacase con justicia á cualquiera: «Eso no puede publicarlo EL MOTIN». O, lo que acaso fuera peor, á verme obligado á defender por obligación ó por agradecimiento algo de lo que hubiera combatido de conservar mi libertad de acción.

Y basta de charla

Al acabar de leer este kilométrico artículo, amigo Bonafoux, quedarás convencido de que efectivamente soy difícil de contestar, cuando necesito hacer y dejar de hacer todo lo que acabo de decirte para estar satisfecho de mí, y para creerme con derecho á tenderte la mano desde esta nación profanada por las hordas clericales, hasta esa invadida por las hordas alemanas.

JOSÉ NAKENS

Razonando un silencio

Se me pregunta por qué he dejado de ocuparme de Melquiades Alvarez. Por una razón sencillísima: porque ya no puede perturbar al partido republicano.

Mientras se estuvo preparando para irse á la Monarquía, lo combatí para ver si evitaba que arrastrase en su evolución... (esta palabra es menos dura que la de traición que otros emplean, aunque en este caso venga á significar lo mismo) á algunos correligionarios.

Aquellos que pensaron desde luego irse con él, con él se fueron: pocos, para los que le hubieran seguido si le dan el poder cuando é

soñaba alcanzarlo; muchos, para demostrar lo que ya sabíamos: que entre nosotros había un regular contingente de ambiciosillos y hambrones, deseosos de que alguien los acercase á las ollas de Egipto.

No les ha llegado hasta ahora más que el tufillo de las tales, y los infelices siguen con la boca abierta; mas han dejado ya de ser una perturbación para el partido. ¿Por qué ensañarse con ellos?

Dada su manera de ser como político, y lo versátil y aprovechado que es Melquiades, fuimos muy necios los republicanos que lo censuramos porque nos dejaba, cuando debimos felicitarnos porque se iba.

¡Sí; debimos haber imitado al marido aquel que sorprendió á su esposa con un individuo en actitud que no dejaba asidero ninguno á la duda, y cogiéndolo de un brazo, sacóle fuera de la alcoba, y le dijo con voz agresivamente reposada, mientras el otro temblaba creyendo que iba á darle una puñalada ó un tiro:

—Ya he visto que le agrada á usted mi mujer. Por consiguiente...

—¡Caballero... balbuceó el adúltero; sírvase... usted... escucharme. Yo... la verdad... es el caso...

—¡Silencio! repuso el marido con voz de trueno. Y prosiguió: Por consiguiente, ahora mismo va usted á llevársela.

—¡Perol...

—Ahora mismo, ó le levanto á usted la tapa de los sesos, añadió sacando un revólver. Vivan tranquilos, pues no me meteré con ustedes para nada. Pero ¡ay de usted si un día trata de devolvérmela! Aquel será el último de su vida.

Que es lo que debimos los republicanos decirle á la Monarquía:

«Ahí tienes á Melquiades; carga con él y que seáis muy felices. Mas ¡ay de ti el día que pienses devolvérmelo! Aquel día seremos capaces de todo, hasta de hacer la revolución, para impedir que vuelva á nuestro lado. (Y aparte. Arreglada vas: ni tú ni los tuyos tendréis hora tranquila con esa caricatura de jefe de partido.)

Mas nada, lo tomamos por lo trágico, y se creyó el Demóstenes de Oviedo lo que las lagartijas de la fábula: que valía mucho, porque los republicanos metían el escalpelo de la crítica en el cadáver de su consecuencia, para ver si tropezaban con la célula de la dignidad política.

Siempre tan necios y tan torpes.

En la duda, abstente

Leo en varios periódicos monárquicos:

«Se nos ruega hagamos público la falta de recursos en que se halla la

Comunidad de Religiosas Franciscanas (vulgo de Constantinopla), establecida en la carretera de Carabanchel (Colonia núm. 2), por si las almas caritativas pudieran ayudarlas en su precaria situación.»

Si supiera que este número habían de leerlo otros republicanos que los de costumbre, uniría mis ruegos á los de la prensa clerical, á fin de que las pobrecitas Hermanas salieron pronto de sus apuros; hay entre nosotros muchos Azcárates y Labras, protectores de frailes y monjas.

Mas no teniendo esa seguridad, y convencido de que sólo leen EL MOTIN los que son tan perfectamente impíos como yo, me abstengo de hacer el ruego.

El problema

De hijo de María á hijo de Dios

¿JESÚS, CRISTO Y JESUCRISTO SON UNO SOLO, DOS Ó TRES PERSONAJES?

La defensa de Jesús y la acusación de Cristo hechas por Nakens en recientes artículos, han chocado no poco á muchos lectores. Es muy posible que esta especie de reacción producida en el ánimo de Nakens, con ocasión de la guerra, se generalice en muchos hombres estudiosos, y que, de igual modo que tras esta hecatombe cambiará el mapa político y económico, cambie quizás el mapa religioso, cuyos dioses han descendido á la palestra de los mortales.

Sobre todo el cristianismo, que parece llegado á la apoteosis aquella catastrófica prevista en el apocalipsis, va á experimentar un trastorno, incommensurable todavía, en su extensión é intensidad.

Por lo pronto, el caso Nakens, que no es único ni mucho menos, parece ser indicio de una de las orientaciones que va á tomar la conciencia religiosa y que, de realizarse, va á producir un fenómeno muy singular, ó sea el nacimiento del *jesusismo*, dentro del cristianismo y contra el *cristianismo*.

Nakens ha planteado prácticamente con su actitud el problema: entusiasta amigo de Jesús é irreductible enemigo del Cristo. Traducidos estos términos al lenguaje de guerra teológica, vienen á significar esto: ¿Jesús es el Anticristo contra el cristianismo constituido, y el Cristo es el Anti-Jesús evangélico?

Cuestión es esta muy chocante, pero no menos real.

El caso «Nakens» contiene, cuando menos en germen, una respuesta anticipada. Su *jesusismo* es anticristia-

no, y acusa al cristianismo de haber devorado y corrompido la causa de Jesús. Es, pues, evidente que «siente» una distinción no sólo absoluta, sino antagónica, entre el «Jesús» y el «Cristo», presentados por Nakens como dos personajes conceptuales, con personalidad independiente.

No es esta la primera vez que se da el caso. Desde tiempos muy remotos ha agitado las conciencias el mismo barrunto, mejor ó peor expresado, que en el siglo XIX inspiró escritos elocuentes y expresivos sobre la «vuelta de Jesús al mundo», cuyo desenlace lógico terminaba siempre con la nueva crucifixión de Jesús, ordenada por las Iglesias.

Así, pues, la idea que la Iglesia es el anticristo, es muy vieja. La Reforma protestante fundóse sobre la creencia de que el anticristo está encarnado en el Papado. Antes de la Reforma, dijeron lo propio albigenes y valdenses; y así, retrogradando sobre los siglos, llegaríamos á los tiempos apostólicos, en que San Pablo advierte haber surgido ya el anticristo, y al propio testimonio de Jesús en que anuncia la venida de muchos que dirán llevar su espíritu, llevando realmente el contrario.

No hay, pues, novedad alguna sustancial en el problema: hayla en cambio, en los términos del enunciado. No se dice ya «la Iglesia es el anticristo», ni «el Papa es el anticristo», ni «el clero es el anticristo». Dícese más: «el anticristo es el cristianismo», cualquiera que sea su forma y denominación.

La proposición contiene una chocante antinomia que le da apariencias de absurdo. Por esto muchas cuestiones de escuela se hacen inextricables, por la mala inteligencia de los términos: una vez aclarados éstos, queda desvanecida la dificultad. Los términos nuevos del problema, sirven para aclarar los conceptos.

Al hablar del Anticristo, se significa el personaje simbólico (individuo ó sociedad) que ha de usurpar fraudulentamente la obra de Jesús y ha de corromperla haciendo creer á sus secuaces que la defiende. Es decir, que el «Anticristo» pervertirá los nombres: á Dios llamará Belcebú, á Belcebú le llamará Dios; á Jesús lo llamará Satanás, y llamará Satanás á Jesús, con arte tal que sus engañados creerán adorar el uno adorando realmente á su contrario.

Esta «acción», en vez de llamarse anticristiana, debiera llamarse «Anti-Jesusita», pues es la anulación de la obra de Jesús.

Mas, de Jesús se dijo ser el Cristo y debérsele llamar Cristo, por las razones que los motejadores alegan; y, realmente, en el idioma corriente se ha admitido la identidad, y se ha

colado el «quid-pro-quo». Primero se le llamó simplemente «Jesús». A este monomio y á esta «univocidad» se le añadió con especulaciones y nuevas modas, el equívoco «Cristo»: y por fin, para que el equívoco se hiciese imposible de ser visto por el devoto, del binomio se hizo un solo nombre «Jesu-Cristo».

Esto dicho, puntualicemos las ideas y recalquemos las fundamentales.

¿Jesús es positiva é idénticamente Cristo (1) con identidad tal que la idea «Jesús» no contenga nada de más, ni de menos, ni de distinto modo, que la que expresa el «Cristo?»

Naturalmente que los sedicentes cristianos y jesucristianos, afirmarán la identidad: pero esto es lo que vamos á discutir.

Que no son conceptos equipolentes, y que el «Jesu-Cristo» no es una definición, sino una amalgama de dos conceptos distintos, vamos á probarlo con un argumento experimental y que, por tanto no admite réplica. A saber: del Jesu-Cristo, unos admiten en adoración formal ó informe, al Jesús, y rechazan al Cristo. Otros, en cambio, admiten sólo el Cristo y rechazan el «Jesús.»

En el campo histórico-experimental, aunque ambos bandos se llamen así propios con otros nombres, en realidad debieran llamarse así: *jesuitas* (admiradores de Jesús), y *cristianos* (ó *adoradores del Cristo*). Los jesu cristianos, apenas existen en la realidad con la plenitud de aceptar en igual grado de veneración al Cristo que al Jesús. Por punto general, ó son jesuitas que sólo á la deriva y por prejuicio se creen cristianos; ó son formalmente cristianos, que solo á la deriva y por accidente, aceptan el Jesús.

Este hecho de la psicología religiosa, se halla magníficamente contrastable en la *conciencia española*, y esta se halla magníficamente expresada en el idioma.

La inconsciencia del quid-pro-quo, admite á Jesu-Cristo, como ecuación de Jesús y del Cristo: pero el instinto, á pesar de la confusión mental y del convencionalismo sentido, establece la distinción de este modo admirable:

Cuando se invoca á Jesucristo, como genio bienhechor, se le llama «Jesús». Este nombre es sagrado é inviolable: jamás ha sido blasfemado!

Cuando se le invoca como genio malhechor, se le llama «Cristo», y á tal nombre se enderezan las blasfemias todas.

Existen, pues, dos fobias caracterizadas: la fobia á blasfemar de Je-

sús, y la fobia á invocar á Cristo. Jesús inspira fe, esperanza y cariño. Cristo, produce recelo, desconfianza y horror, que estallan en la tensión espiritual del blasfemo.

Quien conozca la psicología del lenguaje, verá toda la importancia sintomática y significativa de estos hechos. La invocación y la blasfemia responden á dos estados contrarios de tensión espiritual. En estos estados de exacerbación del sentimiento y de anublamiento de la razón, es un cierto instinto espiritual el que habla: y este instinto, deja perfectamente reflejado el distinto concepto popular entre «Jesús y Cristo», que inútilmente la Iglesia se ha empeñado en casar y amalgamar.

Pero no sólo sobrevive esta distinción en este substrato de la creencia y afectividad de la conciencia. Aun en la piedad y en la mística puede notarse la preferencia de que goza Jesús sobre el Cristo, según la cual el Jesús es el genio familiar á quien se acude como padre, hermano, amigo, compañero, médico y consejero. En cambio el Cristo es mirado siempre con cierta extrañeza, como huésped sobrevenido, como policía, fiscal y autoridad en funciones. Jesús en este concepto, es el hombre tierno, paciente, humano y contemporizador: Cristo el tipo austero, duro y ceremonioso. Jesús se hace amar: el Cristo, lo más, se hace respetar. Jesús provoca la pasión inclusiva. Cristo impone la sumisión fría.

En los arrebatos de los místicos, no hay manera de suplantar el nombre de Jesús por el de Cristo, y viceversa.

Aun en el sexualismo místico ha trascendido extrañamente esta idea. A la Iglesia y al sacerdote se les llama «esposa de Cristo» y «ministros de Cristo». Dícese, sin embargo, «amante de Jesús, enamorada de Jesús, imitador de Jesús». Las dos grandes místicas españolas, «de Jesús» se dicen, y no de Cristo. Teresa de Jesús y María de Jesús, se hacen llamar con delectación morosa: lo cual no fuera posible llamándose Teresa de Cristo.

Si de tales observaciones particulares pasamos á observar el cuadro general histórico de la Iglesia, quizás habrá de atribuirse á tal divergencia de la concepción espiritual, un fenómeno culminante y constante de la vida eclesiástica; es á saber: del Jesús, se derivan no sólo los grandes enamorados místicos, sino también esos genios llamados Vicente Paul, Camilo de Lellis, Juan de Mata, Pedro Nolasco y los de escuelas similares, en quienes resalta el apasionamiento por imitar á Jesús,

y el menosprecio de las pompas y vanidades eclesiásticas y jerárquicas, de quienes no pocas veces tienen que huir para salvar sus vidas y sus obras, y en cuyas manos sucumbieron tantos de esta procedencia espiritual.

Del Cristo-autoridad, surgen las Peñafort, los Arbués, los Loyola, es decir, la Inquisición en todos sus grados y formas, el Pontificado con su trono soberbio y con su corte servil.

El ministro de Jesús es el humilde que se cree indigno de todo, y aun toda deshonra sufrida sábele á poco, según la que cree merecer. Halla poco cuanto hace y padece, y apenas se atreve á llamarse discípulo del maestro. El ministro de Cristo es el rabino, que, halla corta toda reverencia, corto su poder, corta su riqueza.

El fiel de Jesús, busca la crua del maestro en el sacrificio propio. El de Cristo, busca la cruz laureada, hecha instrumento de *pompa y vanidad*, para exigir el sacrificio de los demás en su obsequio y provecho.

Trátase, pues, de un fenómeno trascendental de la conciencia religiosa, que se halla entre los santos de los altares eclesiásticos: hállase en la étnica piadosa; hállase en el fondo latente de la conciencia popular.

Esto, dentro de la Iglesia. En ella, el Jesús, genio del Bien y del amor humano, produce la escuela de los «buenos»: el Cristo, símbolo del Terror, produce el ejército de los tiranos. Jesús, hace de la tierra un cielo de dulcedumbre, en el cual aun los enemigos se aman: todos en él se salvan, menos el hipócrita. Cristo hace del mundo un infierno, en el cual todas, menos el hipócrita, se condenan.

Este hecho de la vida íntima de la Iglesia, ha sido *olvido ó presentido*, por los mismos enemigos de ella, y ha producido el caso «Nakens» y similares, pudiendo decirse que en el campo irreligioso, se nota el movimiento de extraña reacción sobre la indiferencia hacia este problema, y el positivismo se divide también en *jesusismo*, de afecto á Jesús, y *anticristianismo*, de horror al Cristo.

Parece, pues, llegada la hora de deshacer la amalgama «Jesús-Cristo». Por lo pronto, en la contienda que hace tiempo se sostiene sobre esto, puede notarse que los cristianos profesionales van siendo los que combaten el Jesús, y prefieren destruirlo antes de verlo separado del Cristo.

He aquí, pues, la novedad del problema. ¿Jesús es la antítesis de Cristo ó es idéntico con él? ¿La palabra Jesu-Cristo, es una definición filosófica, ó una blasfemia disimulada?

S. P. O.

(1) Hablamos ahora de entes mentales, con abstracción de la realidad: ó sea de personajes imaginados y conceptuales.

Crisis del republicanismo español

I

Es una crisis intensa, agudísima, que en plazo no lejano, habrá determinado el aniquilamiento de ese estado de opinión, un día tan pujante y decisivo en el proceso psicológico-político del alma española.

Es crisis de ideas, de personas, de procedimientos y, sobre todo, de honor nacional, de conciencia de la personalidad histórica libre, de ese concepto tanpreciado de los pueblos viriles.

No es crisis nacida al calor de un hecho circunstancial, trascendente, como es lo del socialismo político militante, de ahora, determinada por la conflagración europea, no; es crisis debida á causas numerosas y complejas, internas y externas.

Consideremos algunas, las principales.

Quizás sea la más formidable y perturbadora la «idolatría», hija del estado morbo en que se halla sumida la mentalidad española desde los días aciagos y vergonzosos del desastre nacional. Carencia de ideal propio sano y vigoroso; desconfianza en el despertar de las energías nacionales; agotamiento ó fatiga, más de perezoso que de impotente, escepticismo en el corazón y en los labios.

¡Dolor, vergüenza, oprobio, en fin! Todo eso nos ha conducido al fetichismo político actual.

En la psicología de nuestra raza y de nuestro pueblo, se distinguen como notas características, la independencia, el espíritu de oposición de rebeldía, de odio á cuanto signifique y encarne ligadura, coacción, disciplina... iba á añadir autoridad.

Pues bien, ¿por qué misteriosa fuerza de atavismo, ó de infortunio; en vez de progresar en esa noble idiosincracia, hemos variado tan fundamentalmente en unos años yendo á caer en la abyección más abominable, de mansedumbre, de sumisión á la esclavitud y á la desgracia, que recuerda el grito envilecedor de «¡vivan las caenas!, muera la nación»?

Nos abismaríamos en elucubraciones interminables, si pretendiéramos indicar todas las múltiples é ingentes causas de ese fenómeno que trastrueca nuestra historia política.

Señalémoslas «grosso modo».

Fijaos. Nadie profesa culto á las ideas, todos rinden vasallaje á las personas, á los jefes, á los caudillos, prostérnanse ante ellos; les besan los faldones de la pecadora levita, como los fanáticos osculan la punta del manto ó de la túnica de sus ídolos; se arrastran en pos de ellos, cual los esclavos rampaban en seguimiento de su señor. Hay hasta quien les de-

ja sus esposas é hijas, cuando no se entrega él, para que las... usufructúen. ¡A tal grado de rebajamiento moral se ha llegado.

¿No criticamos, republicanos, la sumisión mansa de los creyentes, de los católicos? Pues, ¿á qué tener ídolos ni becerros de oro? ¿A qué exaltar á quienes no aclanzan ni á la suela de sus zapatos, á quienes logran su fin de medro personal, mandan enhoramala al pueblo que cándidamente los elevó y que servilmente préstales acatamiento?

Dijo la mística doctora Teresa:

«¿A qué servir á señores que en gusanos se convierten?»

Digamos parafraseándola, ¿á qué servir á caudillos que en banqueros traidores y verdugos se convierten?

Acaso exageraré dado mi amor á la independencia; pero sed iconoclastas, romped en mil pedazos los ídolos, sed hombres; no vaya á ocurrir que indignada la Naturaleza nos envíe el fuego purificador que destruyó á Sodoma, cuando irritado por sus pecados, el dios de los cristianos, la hizo anegar en llamas.

ANTONIO DE TOLEDO

Reos de Benagalbón

NECESIDAD DEL INDULTO

Ha comenzado una enérgica y activa campaña para pedir el indulto de los cuatro condenados á muerte por los sucesos acaecidos en Benagalbón (Málaga) durante las pasadas elecciones. Todos recordarán los hechos. El caciquismo bárbaro y cerril que domina en nuestras provincias trató de imponerse por la fuerza en aquel pueblo y pidió para ello la cooperación de la Guardia civil, creada para algo más justo y más noble que amparar á los caciques. El vecindario inició la protesta, violenta y viril. Surgió la revuelta, se excitaron los ánimos, y en la lucha un desventurado apuñaló á un guardia. Fué un asesinato. Pero, ¿está justificada la pena horrenda que se ha impuesto á los culpables? Creemos que no. Hay que estudiar las circunstancias en que el crimen fué cometido, y conocer el origen de los sucesos y darse cuenta de la situación de un pueblo perseguido y agobiado por quienes se erigen en dueños de la voluntad y aun del pensamiento de ciudadanos que aprendieron á ser libres y á ejercitar los derechos que las leyes les otorgan.

Si se examinan con serenidad las causas de los sucesos, se verá que éstos, si no están justificados, tienen por lo menos una disculpa que no ha de negarles ningún espíritu reflexivo y sereno. La muerte del guardia civil asesinado en la revuelta es consecuencia lamentable, pero lógica, de la obra canallesca y villa-

na del caciquismo. Cuando éste se apodera de un pueblo, ¿cómo extrañarse de que el pueblo se rebele contra el látigo que flagela sus carnes? Pedir calma y reposo á los que se ven tiranizados y escarnecidos es algo tan absurdo, que no habrá juez ni fiscal, ni acusador que acuda á ese argumento. Lo de Benagalbón fué un estallido de la ira popular, que lo arrolló todo. Largos años de forzosa resignación dieron a la protesta de aquel vecindario una fuerza que no pudieron reprimir ni aun los fusiles de la benemérita...

Pero la justicia española se ha creído en el deber de condenar á muerte á cuatro personas. No es hora de discutir el fallo, ni de entablar polémicas sobre el caso. Hay cuatro vidas en peligro, y lo urgente, lo principal, es arrancarlas de entre las garras del verdugo. Tal es la finalidad de la campaña iniciada por los elementos de la izquierda, á la que nos adherimos ya y que hoy nos inspira este artículo, como mañana nos inspirará iniciativas menos románticas que esta de llenar unas cuartillas con varios párrafos piadosos. Pedimos el indulto de los reos de Benagalbón, é invocamos para ello los sentimientos de humanidad y de generosidad de quienes pueden ejercer la más bella de todas las prerrogativas.

Somos enemigos implacables y acérrimos de la pena de muerte; pero, aunque no lo fuéramos, creeríamos que dicha pena no estaba justificada en el caso actual. «Se asesinó á un guardia civil, que representaba en aquel momento al ejército, al Gobierno, al Rey mismo.» Bien reconocemos que todo ello es cierto; pero no se olvide que el guardia no defendía allí intereses del Rey, del Gobierno, ni del Ejército. Defendía intereses de un cacique. Y esos intereses consistían en el robo de un acta electoral, en el atropello de los derechos de todo un pueblo, en la burla de las leyes que regulan el sufragio... ¿Cómo no se tuvo esto en cuenta? Puestos á depurar responsabilidades, ¿por qué no se buscan las que contrajo en Benagalbón el caciquismo?

No ya por humanidad, sino por justicia, deben ser indultados esos cuatro infelices que aguardan el momento trágico de subir al patíbulo. Perdónese á los que delinquieron, y evítese á Málaga y á España entera el cruel espectáculo de esas cuatro ejecuciones. La piedad no debe regatearse nunca. Sean piadosos los que pueden y deben serlo. El ser buenos y misericordiosos es siempre el timbre de orgullo que más legítimamente pueden ostentar los que viven en las alturas.

Los Miserables

EL MOTIN



Conllevando con r signación cristiana las tribulaciones de la vida en este miserable valle de lágrimas.

Nuestro balance

Los anticlericales siempre lo hacemos con baja, y cada año con mayores pérdidas. Sólo los que andamos metidos en este año (cuatro imbéciles y soñadores incorregibles) sabemos hasta qué punto llega el predominio clerical en la sociedad española. Y a pesar de que vemos esto tan claro, nos lo tenemos que tragar, pues nuestros colegas y correligionarios insisten en que nuestras campañas son de una cursilería espantosa.

El caso es que aquí en el fondo, muy en el fondo, cuidando mucho de que no se trasluzca, todos piensan como nosotros; el cura es odiado a muerte, el jesuita da náuseas, el fraile repele, y la monja hace taparse las narices; pero se cree que es preciso hacerles pleitesía y rendirles homenaje para subir y medrar, y de ahí esta inmensa farsa que todo lo llena, y en la cual altos y bajos, grandes y pequeños, todo el mundo, representa un papel sin gusto y con asco, pero lo representa. Y aquí está el secreto de la supervivencia del clericalismo y de su exaltación: un falso y mutuo convenio de que su dominio es ineludible y los intereses que se crean a su sombra, dada esta falsa base.

He aquí por qué pasan años y años y siempre estamos lo mismo, y el bonete y la capucha flotan y se ciernen sobre todo y sobre todos. ¡Cuántas veces casi con lágrimas en los ojos me han dicho su reserva hombres que pasaban por clericales valerosos: «¡Apriete usted, ya que tiene la dicha de poder dar la cara y atacar al enemigo de frente!» Cierta vez me dijo en la intimidad un obispo: «Estoy de Papa y de Vaticano hasta la coronilla. ¿Qué exigencias, qué despotismo tan tiránico el suyo!»

¡Ah! Si fuera posible ver las intimidades; si hubiera una lente tan poderosa que llegara a los recónditos pliegues de las conciencias, cuántos impíos veríamos que están en olor de santidad!

De esta insigne mentira convencional somos nosotros las primeras y más excelentes víctimas; hemos sacrificado ante este Moloch insaciable nuestra juventud, energía, talento, porvenir, prosperidad, salud y reposo, y en torno de todo esto que tanto vale y significa estamos a fin de este año, como al final de todos, cada vez más desconsiderados, más faltos de dinero y con el porvenir más negro en perspectiva.

Sí, donoso y pingüe es el balance del anticlerical en activo y que pelea a pecho descubierto. ¿Vendrán tiempos mejores? Mucho lo dudamos. Mande quien mande, y pase lo

que pase, tenemos la convicción que para esta España de cogulla no hay redención posible. Esperemos un año más...

FRAY GERUNDIO

Andando por Madrid

Los empleados oficiales

PROYECTO DE COLONIZACION.—Ante la Comisión del Congreso que ha de dar dictamen al proyecto de ley sobre colonización y repoblación interior, ha informado por escrito la Junta directiva de la asociación general de ayudantes y auxiliares de los cuerpos de ingenieros civiles del Estado, solicitando que todo el personal que se nombre pertenezca a los Cuerpos de agrónomos y montes del Ministerio de Fomento.

Hace tiempo pensamos dedicar unas crónicas a este asunto. La injusticia evidente en que viven TODOS los empleados oficiales (Estado, Diputación, Ayuntamiento) merece que se saque al sol para tratar de purificar este elemento importante de la administración pública, más culpable de las desdichas patrias que los grandes políticos.

El sueldo que encabeza este artículo, es una muestra de lo que pasa en todos los órdenes de la vida oficial.

Se trata de un PROYECTO DE COLONIZACION, y antes que se hable del proyecto, antes que se haga nada para realizarlo, antes que nos enteremos de lo que se trata, surgen los intereses privados pidiendo la exclusividad de destinos. No se discute si esta solución sería mejor que la otra; no se dividen en bandos los técnicos para defender unos y atacar otros un sistema... nada de eso: se unen para pedir que sea un coto cercado donde sólo puedan cortar leña éstos y los otros señores.

Lo mismo hacen todos los empleados; escalafones, reglamentos, leyes que imposibiliten o dificulten la cesantía o la sustitución. Nadie piensa en si está bien o mal servida la entidad oficial, nadie piensa en que aquellos sueldos se sacan del industrial, del comerciante, del agricultor, del obrero que han de entregar una parte de su trabajo para sostener a los que sin trabajo se reparten el presupuesto, más como botín, que como distribución equitativa y proporcional.

A aquellas enormes listas de cesantías que sucedían a los cambios políticos a mediados del siglo pasado, ha sucedido la inamovilidad de que hoy gozan.

¿Cuál de los dos sistemas es mejor? Probablemente ninguno.

Con el primero había estímulo para la lucha. Los hombres públicos

llevaban a los cargos personas que les eran conocidas, y cuando menos hacían conocer sus ideas que por todos los suyos eran ejecutadas.

Con el segundo sistema el ministro, el subsecretario etc., son unos señores que accidentalmente ocupan el cargo. No llevan preparación burocrática y consecuentemente los empleados INAMOVIBLES, insensiblemente le van ENSEÑANDO lo que a ellos les conviene.

Vamos a estudiar la cuestión en otro aspecto. Supongamos que un Rey americano del hierro, del petróleo o de otra cualquier cosa, tiene un gran establecimiento industrial con oficinas, fábricas etc. Supongamos que sus empleados le presentan un reglamento por virtud del cual no puede despedir a sus empleados sin cumplir determinados requisitos, ni ascender al que mejor cumpla, sino al que le corresponda con arreglo a un escalafón que ellos hubieran hecho. ¿Qué diría el director y dueño del negocio?

Probablemente pondría en la calle a los que trataban de mandar en su casa más que él mismo.

Y esto, que no es, ni puede ser aplicable al negocio particular, es lo que se ha erigido en sistema para los negocios públicos!

Los resultados no pueden ser más desastrosos. Reconocida superioridad oficial a los que ocupan cargos oficiales, ni admiten, ni consienten iniciativas exteriores. Ellos no las tienen, porque su único interés consiste en pasar años para adquirir derechos; no estudian los asuntos oficiales, porque como el dinero (sueldo o gratificación) que por ellos perciben está SEGURO, dedican sus actividades a negocios particulares, con lo que aumentan sus ingresos, y esto produce una perturbación económica, en perjuicio evidente de los que libremente luchan por la existencia.

El empleado oficial tiene un sueldo seguro y constantemente; toma los asuntos particulares como un auxilio, no como base fundamental, y no le importa trabajar en lo particular algo más de lo que en relación con la retribución debía, puesto que aun con este exceso no compensa lo que trabaja de menos en el cargo público.

En cambio el particular tiene que sostener la competencia, rebajando los precios de su trabajo, y así vemos individuos que por 8 ó 10 horas cobran 3 ó 4 pesetas, mientras los oficiales por 2 ó 3 horas cobran las 8 ó 10 pesetas. Y conste que supongo que los oficiales trabajan TODOS las 2 ó 3 horas.

Vean ustedes cómo los empleados del Ayuntamiento de Madrid van atornillando y consolidando sus derechos por apatía y dejación de los

suyos, de los alcaldes y concejales:
Reglamento general de empleados.

Idem escalafón de los empleados administrativos.

Idem, ídem, ídem, facultativos.

Montepío de empleados.

Asociación de empleados.

Sociedades de canteros, fontaneros, barrenderos, bomberos.

¡Hasta los maceros tienen sociedad particular!

Este sistema de consolidación de los servidores que ninguno permitiríamos en nuestra casa se hace intangible en la Casa de la Villa.

Esto me recuerda aquel cuento ó sucendido de un señor inmensamente rico que vivía con 12 ó 14 criados, cocinera, ayuda de cámara, cochero, lacayo etc, y al despedir al mozo de cuadra porque había dañado á un caballo, le contestó:

—Hemos acordado todos los criados de la casa no marcharnos hasta que el señor fallezca, y como ya tenemos hecho el reparto, si usted no me da lo que me corresponde, no me voy.

JUAN PÉREZ

El avance clerical

Nuestro tanto de culpa

En *El Radical* primero, y en *EL MOTIN* después, con la ligera variante de un párrafo, el P. Ferrándiz, tomando pie de un artículo mío que vió la luz pública en este mismo semanario, me contesta con un escrito hermoso como suyo, que me dedica.

La cortesía de un lado y de otro la materia del artículo, que leí en el tren al repatriarme limpio de pecado en virtud de la amnistía, me obligaba á contestar, dejando el cumplimiento del deber para cuándo instalado en un rincón de casa, resuelto el problema de mi alojamiento, tuviera la tranquilidad de ánimo para ocuparme en un problema general.

Falto á mi propósito y precipito la respuesta que el artículo de mi amigo el Sr. Ferrándiz reclama, por que he visto que *Fray Gerundio* lo comenta en *El Diluvio*, y copiando los párrafos de Ferrándiz en que me nombra, pues así tenía que hacerlo, pues á un trabajo mío se refería el suyo, omite siempre deliberadamente nombrarme, de suerte que el lector no sabe á quién el Sr. Ferrándiz se refiere en su artículo. Eso sí, *Fray Gerundio* se cuida muy bien de no omitir la copia del párrafo del señor Ferrándiz, en el que hace una lista de anticlericales que pudiéramos llamar en activo, y en la que *Fray Gerundio* ocupa un lugar.

No me ofende personalmente que

Fray Gerundio, que anticlericaliza desde un diario que publica el *Santo del día* en su primera plana, haya en su artículo borrado con intención dos, tres ó más veces mi nombre.

Después de eso me quedo tan anticlerical como antes y con todos los honores que por antigüedad me corresponden. Me quedo sabiendo que cuando á los catorce años publiqué mis primeros artículos anticlericales, lo era tanto como hoy que tengo cincuenta y cuatro, y que cuando yo daba ya fe de vida anticlerical, había muchos tragacuras de hoy que vestían sotana y comían de la Iglesia.

Si me ocupo de estas miserias impropias de hombres de talento, es porque constituyen un caso manifiesto de ese *Yoismo* que censuraba en mi artículo, el cual dió pie á que el Sr. Ferrándiz escribiera el suyo fastigando á los que, titulándose librepensadores y hombres de ideas avanzadas, obran como si no lo fueran.

Contra esa calamidad social del tartuflismo, me he alzado airado siempre. Amigo ó no, quien alardeando de anticlericalismo se postuló á los pies de la Iglesia, fué duramente censurado por mí.

¡Sin enemistades que por ello me he creado! ¡Y que son pocas las dificultades de todo orden que por mi santa y noble intransigencia he visto amontonarse en el camino de mi vida!

Ahora mismo...Pero, ¡tente, pluma! Los sacrificios personales no deben sacarlos á colación los sinceros. La *hoja de servicios*, si es que de tales se reputan los pasos dados en la senda del deber á impulsos de la conciencia, la extenderán otros, si lo tienen por conveniente. Lo contrario parecería inmodesto auto-elogio.

Pero la censura sola, me he convencido de ello, no es fructífera. Empezar la con los nuestros á garrotazo limpio, siempre que se lo merecen, si es obra de higiene social plausible, si depura nuestro campo, limpiándolo de cizaña, no vigoriza nuestro ejército; no nutre ni robustece las filas anticlericales y librepensadoras, como aquí las titulamos.

De eso me dolía yo en mi artículo de referencia. De que al clericalismo que avanza no opongamos un dique tan sólido y resistente como sea posible.

De que no organicemos nuestras huestes me quejaba. De que el *yo* miserable esterilice los más nobles esfuerzos me dolía, y así decía aquello de que *por una presidencia*, etc.

Nuestro tanto de culpa en el avance del clericalismo, en el predominio de la teocracia, estriba precisamente en la indiferencia con que hemos mirado la organización de los

librepensadores; en el poco empeño que hemos puesto en constituir organismos sólidos y poderosos en los que cristalizara nuestro amplio sentido de libertad, que oponer como valladar potente al avance creciente de una reacción desenfadada.

Al escribir mi artículo hablando del peligro clerical, tenía el pensamiento fijo en mi idea de una «Federación Nacional de Librepensadores». La inicié en *El Progreso* de ésta; la apoyé en *El Gladiador del Librepensamiento*, de ésta también, que el Sr. Ferrándiz no incluye en la lista de los luchadores por la emancipación de la conciencia; llevé la cuestión, para mí de vida ó muerte, á *EL MOTIN*, en el que veo la más alta tribuna de nuestras ideas, y la Federación, penoso es decirlo, no ha encontrado el calor que el padre Ferrándiz podía prestarle desde *El Radical*, ni el aliento que la bien cortada pluma de *Fray Gerundio* podía haberle dado desde *El Diluvio*.

Doloroso es tener que consignarlo, pero es deber hacerlo. Si la idea de la Federación parecía aceptable, debió apoyársela; si pareció defectuosa, debió corregirse, procurando darle condiciones de robusta vida.

Después de cumplido nuestro deber de hombres, cabrían las jeremiáticas lamentaciones.

Ya ve el Sr. Ferrándiz que no me gusta á mí tampoco barrer para adentro.

Siempre pensé que al tirar de la manta, debía tirarse para todos.

CRISTÓBAL LITRAN

Barcelona, 23 XII 914.

Floras de la política y la administración

En España, hay 45.000 kilómetros de carreteras, de las cuales 15.000 están en reparación porque no alcanza el presupuesto de conservación.

Sobre los paseos y estrechando las carreteras, hay montones de grava que no se utiliza porque no hay dinero. Algunos montones llevan 15 ó 20 años así.

Cada día que pasa sin arreglar algunas de ellas van aumentando las dificultades, porque el deterioro aumenta en progresión creciente.

Pues bien; el Estado vota 10 millones para nuevas carreteras, que ya sabemos es el cebo que se tiende á los pueblos. Y naturalmente, al aumentar la red se aumentaron los gastos de conservación, y como no hay para ellos, cada día son mayores los deterioros.

¿No sería mejor arreglar bien las existentes primero y hacer nuevas las que se pudiera?

Se consignan en los presupuestos

cuatro millones para obras por administración, con objeto de conjurar la crisis obrera.

¿Quién dispondrá de esos fondos? Si son los ingenieros bien, porque harán obras.

¿Pero y si disponen los caciques para hacer obras electorales?

El Estado subvenciona con dos millones anuales una línea de Canar as á Inglaterra!

¡Tenemos ya tan admirablemente servidas nuestras colonias de Río de O o con un servicio mensual; que podemos PROTEGER marítimamente á la gran Bretaña!

¿¿??

La semana de guerra

Villancicos

Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra

á los hombres de buena voluntad.

La Historia está llena de sarcasmos de toda clase. La semana última ha sido de un sarcasmo religioso.

Las naciones cristianas de soberanos y gobiernos bautizados en el bautismo de Cristo y que comulgan u cuerpo y su sangre, no han logrado ponerse de acuerdo para celebrar con un día de tregua la fiesta del nacimiento de Cristo.

El Papa, que no pierde ripio en su afán de buscar gestos adecuados al título de Vicario de Cristo, hizo gestiones para lograr unas horas de paz entre los combatientes. ¡Ni eso!

Por donde se van cumpliendo las Escrituras que dicen:

—Clamaban ¡paz! ¡paz!: pero la paz no respondía.

La noche-buena en las trincheras ha sido una ironía terrible.

Mientras los labios de los creyentes cantaban villancicos de pastoril candor, los cerebros discurrían planes infernales de fratricidio.

Y esto viene á ser esta semana más de guerra: una semana más de infierno.

Los partidarios de cada bando siguen cantando victorias de acciones pasadas, y profecías de nuevas victorias futuras.

La locura de la guerra está cundiendo por Estados y pueblos. Háse hecho realmente epidémica.

Nada definitivo se ve en el horizonte. Las naciones provocadoras del conflicto se encuentran metidas en un atolladero sin salida. O vencer ó morir.

Por ahora, todos van muriendo, y ninguno vence. Las mismas victorias entrañan enormes derrotas.

La humanidad ha entrado en delirio.

Como en todo delirio, es inútil buscar la razón y la explicación de

los hechos. El que, sin participar de la fiebre, presencia la agitación de los enfermos, cae vencido por la fuerza de la realidad y queda poseído del asombro.

El delirio universal es la hecatombe universal.

Y la hecatombe sigue.

Los santitos de mi casa

En el piso principal derecha de la casa en que habito, vive D. Serafín, tendero cristiano, pero ladrón, que tiene su modesto establecimiento en la planta baja.

En el contiguo de la izquierda vive D.^a Rosa, jamona aún de mediano pasar, pensionista de la real casa, muy devota de suyo y muy piadosa también.

D. Serafín fué dos veces viudo, y últimamente casado en tercera instancia; D.^a Rosa es viuda, pero sin reincidencias matrimoniales. No es culpa de ella, que la pobre bien quisiera; mas por un lado el temor de perder la pensioncilla, y por otro el saber que los hombres de hoy día son tan así... Y luego, como hay capellanes que son una providencia para las viudas...

Conste, pues, que D.^a Rosa conserva, al parecer, la castidad de la viudez, ya que no la virginidad de la soltería.

De esto último pudiera informarnos, si resucitase, su difunto esposo, ex desbravador de la real yeguada de Aranjuez.

Todas las mañanas, apenas la portera franquea la salida de la casa, no sé si por rara coincidencia ó con deliberada intención, se encuentran en el portal D.^a Rosa y D. Serafín.

Este, que es avaro y aficionado á manejar la bolsa conyugal, baja siempre con un gorrito y con la cesta de la compra al brazo: en invierno la cubre con una capa prehistórica, pero en verano la ostenta descaramadamente.

También D.^a Rosa madruga con el mismo objeto, pues debe notarse que los devotos de buena pasta se procuran antes el sustento del cuerpo que el del alma, sin perjuicio de ponernos de vuelta y media á los descreídos materialistas.

Quando se reunen en el portal la soñolienta émula de San Pedro y mis dos vecinos, la conversación viene casi siempre á ser la misma. La de ayer fué así:

—Buenos días, D. Serafín.

—Santos y buenos nos los dé Dios, doña Rosa.

—¿Se va á la compra, según veo?

—¿Qué vamos á hacerle! A mi mujer, como joven é inexperta que es, la engañan en la plaza. Al dependiente no quiero confiarle este encargo, porque... á ese no le estafarían, pero él me estafaría á mí y el resultado sería lo mismo. Y no suponga usted que nace ese temor de que yo le enseñe á sisar en la tienda; nada de eso. Siempre he procurado que mis dependientes sean buenos cristianos y temerosos de Dios, y aprendan los buenos ejemplos que, aun cuando me esté mal el decirlo, ven en mi casa.

—Eso es lo que hace falta, D. Serafín, porque mire usted que estos jóvenes de ahora...

—Por eso procuro inculcar al chico sanas enseñanzas. Nunca fumo de lante de él, á pesar de que tengo esa debilidad. Y á propósito, portera: ¿me hace usted el favor de darme cinco pitillos de la cajetilla que le dejé anoche en depósito? Porque ha de saber usted, doña Rosa, que no sólo tengo que ocultar este vicio al muchacho, sino también á mi mujer, pues la ofende el humo del tabaco. Vaya, ¿los trae usted, señora Bonifacia? Uno, dos, tres, cuatro, cinco pitillos justos. ¡Ahora una cerillita! ¡Y qué satisfecho se queda uno cuando puede hacer de escondite una calaverada!

—Calaverada no, D. Serafín. El padre Gómez fuma por catorce, y, sin embargo, es un bendito.

—Un santo, señora.

—¿Le oyó usted predicar la novena ayer?

—Calle usted; si es un pico de oro. No pierdo uno de sus sermones. Leo siempre *La Semana Católica*, que después me sirve para envolver cominos, y estoy al tanto de los templos en que predica. Hoy precisamente le toca en las Carboneras, donde disertará sobre el augusto misterio de Jesús sacramentado, y... ¿Y quisiera usted atar más corto el perrito? Parece que me anda buscando los pantalones y algo más.

—No lo crea usted; es completamente inofensivo. Sólo una vez se permitió morder en una pantorrilla á un sochantre de San Isidro, que por cierto me dirigió (el sochantre, no el santo) improperios desusados en la casa del Señor.

—¿Conque usted, doña Rosa, compra en el Carmen?

—Sí, señor; ¿y usted en San Ildefonso, según me ha dicho?

—Allí voy, para volver pronto á casa y concurrir después á la misa de comunión en San...

—Tiene usted mucho tiempo disponible; eso es á la ocho. También iré yo. Pero antes tengo que abrir la tienda y atender al primer golpe de los parroquianos, y después hablar con un ordinario de tierra de Avila

con quien tengo pendiente una compra de garbanzos que me dejó ayer para prueba. ¿Conque á las ocho nos veremos en la Iglesia?

—Allá nos veremos. ¡Ah! ¡si me hiciese usted el favor de prestarme las *Visitas al Santísimo* de letra gruesa que tiene!... Porque como los templos están oscuros por la mañana...

—Se las pasaré á su casa, sí, señora. ¡Vaya! Con mucho gusto.

Y se despidieron. Eran las cinco y media de la mañana.

**

Pasaré por alto la disputa que poco después sostuvo con el tendero el aludido ordinario. Aseguraba éste que el piadoso comerciante le había cambiado los garbanzos que le dejara en depósito por otros de inferior calidad.

Y digo que lo pasaré por alto, porque bien pudiera tener razón el forastero y bien pudiera no tenerla. Creo que la tenía, pero en caso de duda... piensa todo lo malo de un mercader devoto.

Lo que no he de dejar en el tintero es el escándalo que seguidamente alborotó á toda la vecindad.

—¡Pillol! ¡bribón!—gritaba la mujer de D. Serafín, golpeando con furia la puerta de doña Rosa.—¡Sal aquí, y que salga también esa!...

El increpado, no pudiendo salir por la puerta, intentó hacerlo por la ventana de la cocina de la beata, separada de la suya por sólo medio metro de pared y dando ambas al patio; pero más ágil su costilla, acudió á recibirle con el palo de una escoba, magullándole á golpes, tanto más sensibles para él, cuanto que se había aligerado excesivamente de ropa.

—¡Pero, mujer!—exclamaba el infeliz soportando la paliza y agarrándose á la pared como un gato por temor á romperse la crisma. ¡Si esto no es nada! He venido á traer á la vecina *Las visitas á Jesús*.

—Sí, sí; las visitas tuyas ya sé á lo que son—respondíale su cónyuge, continuando la zurribamda.

Por fin, cansada ó movida á compasión, dejóle penetrar en casa; pero desahogó el resto de su furia diciéndole sinnúmero de improperios á su vecina.

—¡Fíense ustedes de esas beatas!—exclamaba llena de furor, mientras los demás vecinos decíamos mentalmente:

¡Cualquiera se fía también de esos beatos!

JOAQUÍN GONZALEZ

Ejemplo de entereza

¡A lo mejor, y cuando estamos los anti clericales á punto de caer en el

pesimismo, viene algún hecho á decirnos que aun quedan personas convencidas y enérgicas que no hacen traición á sus ideales.

El mes anterior púsose enferma en Salamanca la respetable señora D.^a Antonia Romero Gménez, y al ver cercano su fin, encargó que se la enterrase civilmente...

Enteradas las gentes clericales, trataron á última hora de ver si podían lograr que revocase su decisión; pero la señora se mantuvo firme, y su esposo, D. Alfonso Pereznebro, supo imponerse á todos los que pretendían torcer la voluntad de su esposa, cuyo cadáver fué enterrado contra viento y marea en el Cementerio civil.

Al comparar estos ejemplos de entereza de personas de modesta posición social, con los de cobardía ante el clericalismo de que dan muestra otras más altas, se siente uno orgulloso de convivir con aquéllas, por más honradas, más dignas y más consecuentes.

LAS MONJAS

—¡Pom, pom!... ¡Pom, potopotom, pom! ¡Pim!

—¡Tengan paciencia, caramba! Pero ¿quién diablos llama de ese modo? Ave María purísima, Dios me perdone.

—Somos nosotras, señor San Pedro.

—¡Nosotras! ¡Ah! Y, ¿quiénes son «nosotras?»

—Pues unas pobrecitas mujeres que, por nuestra piadosa conducta, nos creemos con derecho á entrar en el cielo.

—¡Hum! Todos se creen con derecho, todos son unos santos, y luego resulta que la mitad, lo menos, se equivocan.

—Pero ¡abra usted, señor San Pedro!

—¿Qué hace usted que no abre, santo hombre?

—Nos va á tener aquí dos siglos.

—Nos quejaremos á Nuestro Señor.

—¡Chitón, so deslenguadas! ¡A callar todo el mundo! ¡Hola! ¡Pues tendrías que ver! Abriré cuando quiera, ¿estamos? ¡Ejem!... Y, en resumen, ¿qué han hecho ustedes en el mundo? ¿Han sido madres de familia? ¿Han perdido la salud y la vista trabajando á todas horas para criar y educar á sus hijos? ¿Han hecho con su carácter dulce y bondadoso la dicha de sus maridos? ¿Han partido su pan con los desgraciados, prodigándoles sus consuelos cuando los vieron sumidos en los dolores de la vida? ¿Han?...

—¡Ta, ta, ta! Señor San Pedro, no

pase usted adelante; no hemos hecho nada de eso. Nosotras...

—Pues entonces, ¿qué es lo que ustedes han hecho allá abajo?

—Rezar.

—¡Hum!

—Eramos monjas.

—¡Hum, hum!

—Pero, señor San Pedro, ¿hicimos mal en profesar?

—No, hijas mías, no; no diré yo tanto, aunque creo que habríais hecho mejor en... Y decidme... ¿érais por ventura de la Caridad?

—No, señor: éramos... Reparadoras... Franciscanas...

—¡Hum!

—Pero, señor Santo; usted siempre está gruñendo.

—¡Eh, alto ahí! ¡Cuidado con faltarme al respeto! ¡Vaya con las monjitas estas!

—Señor San Pedro, es que usted no lo entiende; llame á Nuestro Señor y verá cómo...

—¡Silencio! ¡Fuera de ahí! ¡Al Purgatorio, que es vuestro punto de destino! ¡Ea! largo de aquí; pero prontito, no hagáis que me sulfure y saque la escoba y os plante una paliza de padre y muy señor mío.

—¡Ji, ji, ji!

—¡Ju, ju, ju!

—¡Ay, Dios mío!

—¡Jey, jey, jey!

—Pero ¿qué escándalo es este? ¿A qué vienen esos lloriqueos? ¿Queréis volverme loco, mujeres de Dios?

—¡Ji, ji, ji!

—¡Ju, ju, ju!

—¡Pobrecitas de nosotras!

—¡Ay, ay, ay!

—Pero, santas mujeres, no lloréis de ese modo... ¿Qué daño os he causado?... ¡Ea, basta ya, pobrecitas mías! ¡Recarape! ¡Bien dicen que las mujeres son capaces de volver loco á un santo!

—Pues déjenos entrar.

—Eso sí que no; haced de mí lo que queráis; insultadme, pegadme... pero ¿dejaros entrar para que luego el Señor me suelte un ráspece por infidelidad en la custodia? Eso nunca.

—Pues lloraremos.

—¡Ji, ji, ji!

—¡Ju, ju, ju!

—¡Otra vez! Pero, chicas, ¿os habéis propuesto sofocarme? Escuchad; no seáis testarudas, seguid mis consejos, que no os pesará... Desde aquí os váis al Purgatorio...

—¡Ji, ji, ji!

—No queremos.

—¡Ay, ay, ay!

—¡Re cascaritas! Se necesita tener la paciencia de un santo para tratar con estas benditas mujeres. Quisiera encontrarme á dos mil leguas de vosotras. ¡Pero si yo os lo aconsejo porque os conviene!... ¡Si no me habéis dejado concluir!... Os váis al Purgatorio y permanecéis allí un par de semanas; luego volvéis y yo

apunto en mis libros: «Tantas monjas... Reparadoras; entraron después de haber permanecido un siglo en el Purgatorio», y así engañamos á Nuestro Señor, comprometiéndonos vosotras á guardar el secreto.

—¡Ay, señor San Pedro! ¿No sería mucho mejor que nos dejara usted entrar ahora y apuntar desde luego en sus libros todo eso que usted dice?

—¡Imposible! En primer lugar, porque podría Nuestro Señor preguntaros un día por las cosas del Purgatorio y no sabríais contestarle, descubriéndose entonces toda la verdad; y en segundo lugar, porque á mí, os lo confieso francamente, me repugna que entren en el cielo de golpe y porrazo unas mujeres que no han probado jamás las amarguras de la vida; que han llevado una existencia tranquila y reposada en la penumbra de un convento, sin ser útiles á sus semejantes; que han muerto sin gloria y sin combate; que han sido virtuosas sin haber visto jamás su virtud amenazada por sombra alguna de peligro; que no tienen otro mérito que el haber rezado mucho, como si en la lucha diaria de la vida no se pudiera rezar también, como si las demás no rezaran al mismo tiempo que sufren y trabajan. ¿Qué diríais del guerrero que, después de haber estado solo en un desierto con la espada desenvainada, demandase el premio del vencedor por haber quedado dueño del campo? ¿Con quién habría luchado? ¿Qué enemigos habría vencido? Pues así sois vosotras. ¿Contra qué tentaciones habéis luchado? ¿Qué peligros os han rodeado? En la soledad del claustro ¿á qué clase de enemigos venció vuestra virtud? Os refugiásteis en el claustro para huir las asechanzas del mundo; y bien, ¿qué mérito hay en esta fuga? ¿No implica eso una gran desconfianza en vuestras propias fuerzas, en vuestra propia virtud? Esto es decir que vosotras confesáis tácitamente que, de haber permanecido en el mundo, el mundo os hubiera vencido totalmente. Si no es así, ¿por qué os hicisteis monjas? Y si es así, ¡vaya una virtud de vidrio la vuestra que no es capaz de resistir la menor de las chinan lanzada por el aire! Y, ¿aún tenéis la poca vergüenza de querer entrar en el cielo, mujeres débiles y quebradizas? Mirad ahí dentro, mirad un solo instante por el ventanillo; es lo único que puedo concederos: ahí están las mujeres más celebres en la historia de la Humanidad, junto á las del montón anónimo; muy pocas de ellas fueron monjas, muy pocas fueron beatas. Algunas no alcanzaron siquiera á conocer la religión cristiana; sin embargo, las primeras ganaron el cielo sacrificándose por la patria, el amor, ó por el arte, esos grandes ideales de la Hu-

manidad, y las segundas lo ganaron al presente se halla el convento de la Verde, llamado la Suces; huyeron los moradores de la aldea, y entre ellos una joven doncella llamada Marina. Un moro alcanzó á verla, y no pareciéndole fea, la persiguió; ya llegaba la joven al Duero sin poder librarse de aquél, cuando vió una peña é implorando á la Virgen, se refugió en ella. Al ir á apoderarse el moro de la joven verificose el portentoso milagro de que la roca se abriera por mitad como una granada, formándose en sus entrañas una gruta, volviéndose á cerrar apenas entró Marina, quedándose el moro triste y cariacontecido.

—¡Adiós, so tío calvo!
—¡Adiós, calzonazos!
—¡Adiós, carcamal!
—¡Huuuuuum! ¡Adiós, fea!

HERMOGENES

Dicen que dicen...

Dicen que á un humilde ministro de Dios, llamado D. Ignacio Hernández Rodríguez y que es doctoral de la Santa iglesia catedral de Vitoria y provisor general de la diócesis, le han robado en su casa 70.000 duros.

Por la manera que se relata el hecho, yo (el Señor me libre de un mal pensamiento) casi estaba por no creer en tal robo; ¿mas quién puede poner en duda la afirmación de un varón tan respetable, que ha sabido reunir esa cantidad más respetable aún, sorteando no sé cómo aquellas palabras de Jesús; «no queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consume y los ladrones los desenterran y roban?»

Por lo tanto, me decido á creer que si se los han robado, para poder decir que me alegro. Y me alegro, en primer lugar por él; el dinero incita al pecado, y quién sabe si el santo varón hubiera caído en la tentación de pecar, teniendo tanto barro á mano.

Y en segundo, por los que los hayan robado, pues así se condenarán. Ellos habrán pasado unas pascuas felices, pero ya se lo dirán de misas en el Infierno, si al fin resultare cierto que existe.

Que no debe existir, cuando los curas, que están en el secreto, hacen méritos para ir á él, reteniendo en su poder miles y miles de duros que debieran repartir entre los pobres, según la doctrina evangélica.

Curiosidades religiosas

Cuando los moros invadieron nuestra Península y se adelantaban talando por toda ella, cuenta un cronicón que tengo á la vista que llegaron á un gran pueblo, hoy corta aldea, cerca del Duero, y sitio donde

presente se halla el convento de la Verde, llamado la Suces; huyeron los moradores de la aldea, y entre ellos una joven doncella llamada Marina. Un moro alcanzó á verla, y no pareciéndole fea, la persiguió; ya llegaba la joven al Duero sin poder librarse de aquél, cuando vió una peña é implorando á la Virgen, se refugió en ella. Al ir á apoderarse el moro de la joven verificose el portentoso milagro de que la roca se abriera por mitad como una granada, formándose en sus entrañas una gruta, volviéndose á cerrar apenas entró Marina, quedándose el moro triste y cariacontecido.

De esta creencia en el milagro surgió un convento, que aún existe y que la fe costeó.

Allá por los años de 1057, reinando en León Fernando I, quiso trasladar á su corte el cuerpo de San Isidoro, muerto en Sevilla, y al efecto envió con cartas á los obispos Albito, de León, y Ordoño, de Astorga, escoltados por el conde D. Nuño, para el rey de Sevilla, Benaveth, su tributario, con el fin de conseguir la traslación de los restos. Apresuróse el moro á concederla, y, previa la aparición del santo, en cuerpo y presencia, y de decirle á Albito no sé qué cosas que le ocasionaron la muerte, se dejó conducir por Ordoño á la corte de D. Fernando.

Acaeció que la comitiva hubo de parar en Salamanca á descansar, siendo muy bien recibida por tan devoto pueblo; allí descansó una noche. Al día siguiente, al hacer señal para partir, se intentaron mover las andas, depósito del santo cuerpo, y halláronlas inmovibles; acuden gentes, soldados de valor, hombres robustos y de mucha fuerza, mas todo en vano, pues las experiencias se apuraron. Dase parte al rey, que esperaba el cortejo en Toro, y Fernando I, muy afligido, acude implorando á no sé qué imagen, y hace voto de fabricar á su costa un templo dedicado al santo allí de donde su cuerpo parecía no querer salir. Vuelve el propio con la noticia del real voto, logrando, con semejante diligencia, mover con facilidad las andas.

El cronicón de donde copio este portentoso milagro no se admira ni de la candidez de aquel rey ni de la ignorancia del pueblo que lo presenció; pero sí dice que Fernando I cumplió el voto con gran contento de Dios y de los curas.

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

La honestidad

por
ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

Y sin embargo, esto mismo es un gran dato: siempre será preferible el hombre que se afeite al deshonesto que se deje crecer las barbas como los judíos.

..

En el siglo XI, Benedicto VIII, en pleno Concilio, echó en cara á los ministros del altar que se arrojaban sobre las mujeres como los caballos sobre las yeguas: *ut equi emissarii, in fœminas insaniunt*; pero es de advertir que lo dijo en latín, de modo que no podía causar escándalo en la plebe, que no le entendía, y además sus expresiones deben tomarse como hipérboles para producir mayor efecto, y creo que sus palabras deberían traducirse poco más ó menos así: «Me han dicho, y no me atrevo á creerlo, que algún sacerdote, sin duda no del todo tonsurado, casi intentó, en un momento de ofuscación, echarse sobre, etc.»

Y con esta ligera atenuación, ¿qué tendría que objetar á la honestidad de los buenos tiempos el más acérrimo adversario suyo?

Yo la adopto; yo la propagaré como la verdad más racionalmente eclesiástica y tradicionalista que pueda imaginarse.

..

Pues sí: en otros autores...

Por ejemplo:

«Todo el pueblo, dice Damiano, conoce los lugares de prostitución que los clérigos frecuentan; todo el pueblo sabe los nombres de sus concubinas; ve llevarles los recados y los regalos que ellos les envían; oye sus carcajadas, y ve á esas mujeres en cinta de ellos, y oye la gritería de sus chiquillos.»

Pero precisamente porque este autor habla así, no citaré una línea más de sus opúsculos.

Porque luego el vulgo interpreta en mal sentido las cosas más inocentes, y pierde el respeto debido al sacerdocio, á la Iglesia y á los siglos de mayor moralidad que se han conocido.

..

Danstan, arzobispo de Inglaterra, tuvo un Concilio á que convocó á todo el reino, á fines del siglo X.

Allí habló el rey, y dijo:

«De tal modo se entregan los clérigos á todo género de excesos y deshonestidades, que sus casas son consideradas como lugares de pros-

titución y puntos á donde concurre todo lo más bajo y relajado.»

Por consiguiente, esta es una de las noticias que no debemos alegar en prueba de las honestas costumbres de la época citada.

..

Lo que convence de la honestidad, que es nuestro tema, es ver cómo, huyendo de la depravación de unos pocos, ya en el siglo XI se casaban los clérigos unos á otros, y á sus mujeres se las llamaba lisa y llanamente las clérigas.

En Roma mismo hubo muchos obispos casados. Fuera de Roma casi todos.

El arzobispo de Ruán, que ciñó la mitra por espacio de cuarenta y ocho años, tuvo una numerosa familia, según dijo el historiador sagrado Fleury. Casados estuvieron, con mujeres que ellos llamaban legítimas, los obispos de Toul y de Lausana.

Y los monjes siguieron el buen ejemplo de los curas, y vivían con sus mujercitas en los monasterios, después de celebrar en ellos con toda solemnidad sus cenobíticas bodas, como refiere puntualmente D. Bouquet: *Cœnobitæ publice intra monasterii utebantur conjugibus, nuptiarum solemnia celebrantes...*

..

Y ya que viene á cuento, el abad Hugo refiere á este propósito que otro abad, que tenía siete hijas y tres hijos, los dotó á todos con liberalidad paternal, pero con bienes del monasterio.

Hecho que calificaron de común otros autores.

..

En el siglo IX se dirigió un escrito al Papa León IX que decía:

«Las torpezas que debo revelar son tales y tan enormes, que me causa vergüenza el llevarlas á oídos del Padre Santo; pero me forta'ezco apelando á aquel valor propio del médico; pues si el médico retrocede en vista de una llaga asquerosa, ¿quién curará al enfermo?»

«El vicio contra natura devora como un cáncer á los individuos de la Iglesia!»

«Hay confesores que convierten á los penitentes en instrumentos de su depravación, y en vez de regenerarles por medio de la penitencia, por medio del vicio, les hacen esclavos del demonio...»

Pero ahora caigo en que este párrafo pertenece al cardenal Damiano, y ya he dicho antes que no quería citar nada de este autor.

..

Prefiero citar, como ejemplo de veracidad, al obispo de Langres, que

en 1049 fué llamado ante un Concilio: fué acusado de sodomita, y el pobre ni siquiera se atrevió á negarlo.

Porque entonces no se mentía con ese descaro que se ve hoy en todos los impíos.

..

En el siglo III de la Iglesia, San Cipriano reprendía á los obispos por adúlteros, por tener concubinas y por otros vergonzosos excesos.

¡Aquello sí que era amor á la honestidad! Hoy día (vergüenza causa el confesarlo) ningún santo se ocupa de reprender semejantes vicios.

..

¿Y San Crisóstomo?

San Crisóstomo decía á los cristianos: ¿Cómo queréis que nuestros enemigos crean en la verdad de la religión, si os ven encenagados en sus propios vicios, si sois rapaces, envidiosos y deshonestos?

Decía más. Por ejemplo:

«La mayor indignidad es el descaro con que los hombres se entregan con otros hombres á la impureza: ese pecado ha adquirido ya fuerza de costumbre, y casi diría de ley. Se comete sin temor ni vergüenza, y se celebra riendo esa abominación, como si fuera una azaña.

«De tal manera están corrompidas las costumbres, que el que guarda castidad es tenido por loco, y el que condena la impureza, por loco rematado. ¿Por qué no envía Dios una lluvia de fuego sobre los culpables, como hizo con Sodoma?»

¿Quién se toma hoy ese empeño en favor de la honestidad? Nadie.

..

¿Pues y San Gerónimo?

San Gerónimo dice que muchos de sus contemporáneos sólo desean ser clérigos para visitar con más libertad á las mujeres.

Así se lo espetaba á la cara, sin sin miedo y sin andarse con rodeos.

Y en cuanto á los sacerdotes que vivían en compañía de mujeres á quienes llamaban hermanas, también les sacudía lindamente.

«Doloroso es tener que hablar de ello, exclama el santo; pero la verdad, por triste que sea, debe decirse. ¿Qué peste es esa de las mujeres introducidas? Esposas sin legítimo matrimonio, especie de concubinas, no son más que cortesanas para uso de un solo hombre. Con él comparten la casa, la mesa, y á veces el lecho. Si son hermanas, ¿por qué abandonan á sus hermanos por la naturaleza, y van á buscar por hermano á un extraño? ¿Para qué sino para mantener con él relaciones criminales, bajo pretexto de consuelo espiritual? Mas valdría que esos clérigos frecuentasen el trato de las

mujeres públicas, que engañar así á los fieles viviendo con supuestas hermanas y amigas.»

Después de un San Gerónimo, ¿qué he de decir yo?

Sólo humillar la frente y avergonzarme de haber nacido en un siglo como éste, en que todo es corrupción y pecado.

Ya no resuenan las voces de los Efrenes, Crisóstomos, Ciprianos y Gerónimos; ya el vicio no impera sin freno, y recibe un impugnado homenaje en todo el orbe católico.

Aquel pudor, aquella castidad, aquella limpieza de corazón de que nos hablan las historias...

De sus brillantes páginas, al tratar de honestidad, brotan raudales de luz...

¡Anda, salero, que ahora se me apagó la mía!

Pero ¿qué falta hace ya?

¿Están ustedes persuadidos de que cuando florecía la Iglesia todo era honestidad?

¿Sí? Pues les cojo la palabra: estamos de acuerdo. No se hable más de ello: nada, vamos á otra cosa.

Fin de este capítulo.

FIN

La comunión del gitano

Amanecía cuando el Tío *Fatiguitas* salió de su choza en dirección á la iglesia del lugar, que era para aquel gitano postrer refugio de su intranquila conciencia, y único asilo donde, sin duda alguna, le sería concedido el reparador bálsamo de que tan necesitado mostrábase su afligido espíritu.

Caminaba sin seguridad, cabizbajo, deteniéndose de trecho en trecho, y lanzando suspiros tan dilatados y lastimeros, que semejaban lánguidos cánticos con fervor al Supremo dirigidos por un penitente.

La luz azulada del amanecer, que es la luz de los misterios y los éxtasis, alteraba el rostro de *Fatiguitas*, ennegreciendo su color bronceado de modo tal, que las líneas se destacaban como si el hueso estuviera sin cubrir, y sobre el cuello del gitano por cabeza hubiese una calavera.

Ya lo dijo... no sé quién.

La Naturaleza parece sentir con nosotros los duelos y las tristezas que nos angustian, como se embellece y muestra esplendorosa al acompañarnos la felicidad por un sendero recto y bello, que afortunadamente recorreremos en nuestra incierta vida.

Fatiguitas iba haciendo examen de sus culpas; la memoria no se niega cuando es la dulce calma del espíritu lo que se ansía, y en tropel, ciertamente, culpas y pecados rodaban del cerebro á los labios, ganosas de libertad, huyendo á los tormen-

tos que en la estrecha prisión la conciencia les impusiera.

Inmensa dicha aguardaba á *Fatiguitas* cuando confesado y comulgado se contemplase limpio de toda mancha, honrado, tan gitano como siempre, puro y dispuesto para en la hora suprema de la muerte cerrar sin temor los ojos, convencido de abrirlos allá en el cielo.

Por eso la Naturaleza se ofreció al contemplador con una divina poesía, precursora del gozo inexplicable que embargara más tarde á nuestro arrepentidísimo gitano.

Pues... *pián pián*, llegó *Fatiguitas* á la iglesia, prosternándose devotamente al pie del confesonario.

El buen párroco se asombró no poco de su espontáneo impulso, y, antes de confesarle, alzó al cielo la mirada como elevando á Dios preces por haber tocado el corazón de aquel bandido.

Larga, muy larga fué la confesión.

Fatiguitas habló mucho, lloriscó más, sollozó bastante... Las amonestaciones severas, los consejos, las pláticas persuasivas del párroco causaronle más dolores que los palos de los civiles y la *caena* del presidio.

Pera al fin se incorporó, y andando sin firmeza como enfermo de gravedad en el primer día de convalecencia, se arrodilló ante el altar de una Santísima Virgen muy milagrosa, y comenzó á rezar la penitencia impuesta.

El sacristán pasaba en aquel instante por su vera, y, con esa oficiosidad que distingue á los subalternos eclesiásticos, le preguntó:

—Tío *Fatiguitas*, ¿va usted á comulgar?

—¡Pus claro! —contestó.

—Bien, pues tenga en cuenta que le hostia no se mastica, sino se traga.

—Güeno —concluyó *Fatiguitas*. — Y siguió en sus oraciones.

Mas, al poco rato, como la conciencia estaba descargada y el alma en paz, se le despertó un apetito de lobo hambriento, y, registrando los bolsillos, encontró un cuzcurreo, que devoró con deleite.

Malo fué, porque el monago, que atizaba una lámpara, le sorprendió, é incontinenti denunció el hecho al párroco, quien, al ver burladas cuantas advertencias hiciese á *Fatiguitas* referentes á la preparación para recibir la Eucaristía, pensó jugarle una treta que de lección le sirviera.

—Mira, monaguillo, vas á casa del zapatero y que te recorte una suela vieja del tamaño de la sagrada forma —ordenó al chico.

Pues... se revistió, entretanto, el cura con los ornamentos, y cuando el monago trájole el encargo, fué á dar la comunión á los fieles que la esperaban.

Recibió cada cual, tras las palabras de ritual, el santo sacramento;

pero al llegar á *Fatiguitas*, después del *Corpus dominus nostrum*... ¡za!, el cura depositó sobre la lengua del gitano la suela recortada.

Fatiguitas comenzó por apretarla contra el cielo de la boca, pero por más esfuerzos que hacía, no era posible tragársela.

La salvó cuanto pudo á ver si se ablandaba... ¡quial! Y como el tiempo transcurría, los fieles se iban y él tenía que estar arrodillado hasta que la hostia pasase de la garganta, con el mayor disimulo comenzó á darle mordiscos y dentelladas, llevándosela de uno á otro lado de la boca.

El cura, que observaba la *faena*, viéndole amoratado de tanto trabajar con las mandíbulas, le dijo:

—Tío *Fatiguitas*, ¿qué le pasa?... Y el gitano replicó:

—¡Callusté, pae cural... ¡Que ma dausté un Cristo viejo que no se puée ni roéll!

LUIS ASEJO

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren,

ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA
CELEBRES Y OMBRIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"
POR

José Nakens

ALMANAQUE
cómico DEL CARLISMO
para 1914

con sesenta caricaturas
Precio: 1 peseta.

Poesías festivas
anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno.

El P. Miguel Mir
y

SAN IGNACIO DE OYCLA

Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas
UNA peseta.

Dios ante el sentido común

PRECIO: UNA PESETA

Imprenta, Monserrat, 7.